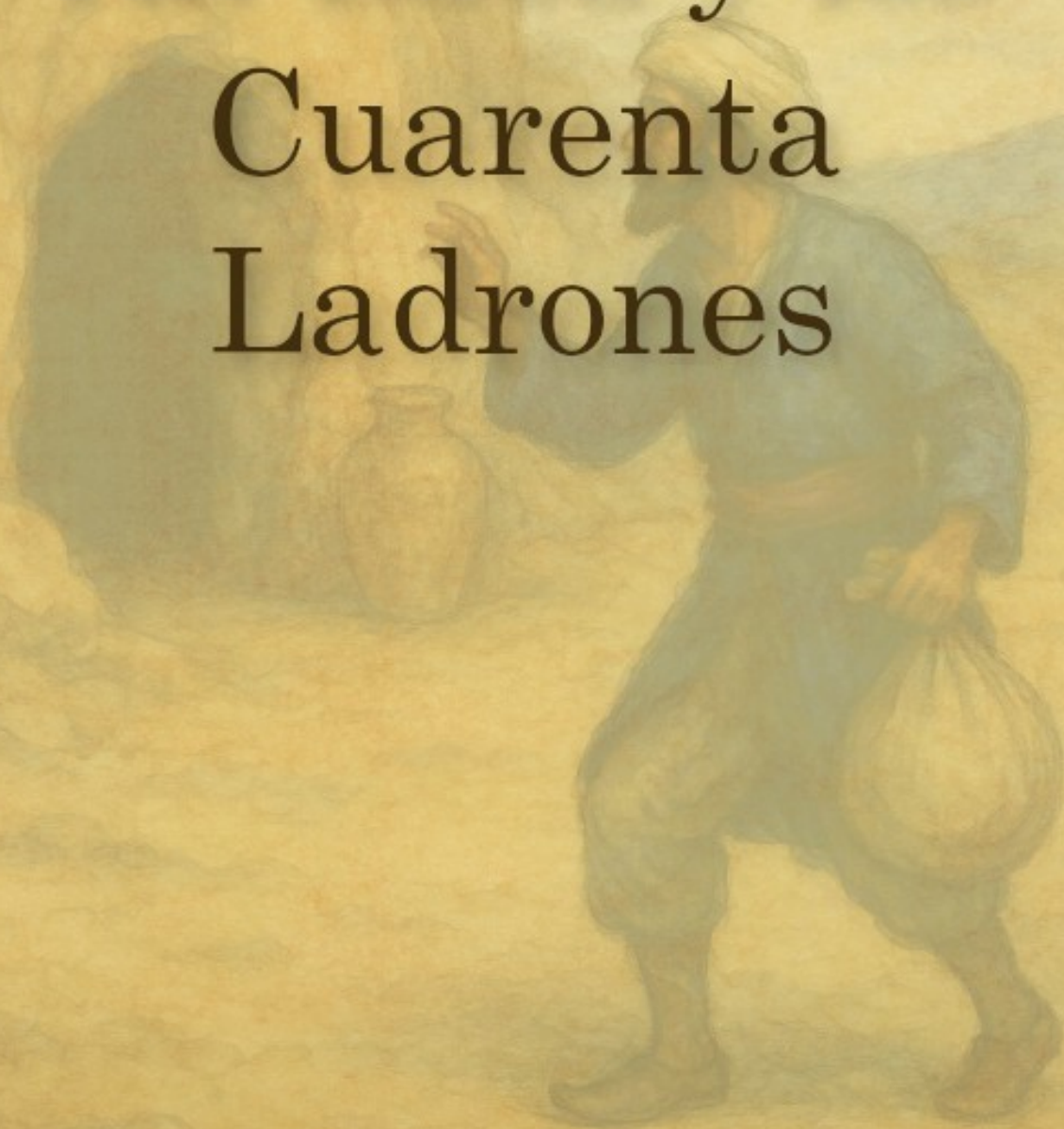


Anónimo

Alí Babá y los  
Cuarenta  
Ladrones



Anónimo

Alí Babá y los  
Cuarenta  
Ladrones

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES

ANÓNIMO

**PUBLICADO: SIGLO XVIII**  
**FUENTE: WIKISOURCE**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES

En una ciudad de Persia vivían dos hermanos, uno llamado Cassim y el otro Alí Babá. Cassim estaba casado con una mujer rica y vivía en la abundancia, mientras que Alí Babá tenía que mantener a su esposa e hijos cortando leña en un bosque cercano y vendiéndola en la ciudad. Un día, cuando Alí Babá se encontraba en el bosque, vio una tropa de hombres a caballo que se acercaba hacia él en medio de una nube de polvo. Temeroso de que fueran ladrones, se subió a un árbol para ponerse a salvo. Cuando llegaron a su altura y desmontaron, contó cuarenta de ellos. Desenfrenaron sus caballos y los ataron a los árboles. El hombre de aspecto más distinguido, a quien Alí Babá tomó por el capitán, se adentró un poco entre unos arbustos y dijo con tal claridad que Alí Babá pudo oírlo:

— ¡Ábrete, Sésamo!

Una puerta se abrió en las rocas y, después de hacer que la tropa entrara, los siguió y la puerta volvió a cerrarse por sí sola. Permanecieron dentro un tiempo, y Alí Babá, temiendo que pudieran salir y atraparlo, se vio obligado a esperar pacientemente en el árbol. Finalmente, la puerta se abrió de nuevo y salieron los cuarenta ladrones. Como el capitán había sido el último en entrar, fue el primero en salir e hizo que todos pasaran ante él; luego cerró la puerta, diciendo:

— ¡Ciérrate, Sésamo!

Cada hombre enfrenó su caballo y montó, el capitán se puso a la cabeza y regresaron por donde habían venido.

Entonces Alí Babá bajó del árbol, se dirigió a la puerta oculta entre los arbustos y dijo:

— ¡Ábrete, Sésamo!



Y esta se abrió de golpe. Alí Babá, que esperaba un lugar lúgubre y sombrío, se sorprendió enormemente al descubrir que era espacioso y estaba bien iluminado, excavado por mano de hombre en forma de bóveda, que recibía luz de una abertura en el techo. Vio ricos fardos de mercancías — seda, brocados —, todo apilado, y oro y plata en montones, y dinero en bolsas de cuero. Entró y la puerta se cerró tras él. No prestó atención a la plata, sino que sacó tantas bolsas de oro como pensó que sus asnos, que pastaban fuera, podrían cargar, los cargó con las bolsas y lo ocultó todo con leña menuda. Usando las palabras: «¡Ciérrate, Sésamo!», cerró la puerta y se fue a casa.

Luego condujo a sus asnos al patio, cerró las puertas, llevó las bolsas de dinero a su esposa y las vació ante ella. Le pidió que guardara el secreto, y que él iría a enterrar el oro.

—Deja que primero lo mida —dijo su esposa—. Iré a pedirle prestada una medida a alguien, mientras tú cavas el hoyo.

Así que corrió a casa de la esposa de Cassim y le pidió prestada una medida. Conociendo la pobreza de Alí Babá, la cuñada sintió curiosidad por saber qué clase de grano deseaba medir su mujer, y astutamente puso un poco de sebo en el fondo de la medida. La esposa de Alí Babá se fue a casa, colocó la medida sobre el montón de oro, la llenó y la vació varias veces, para su gran satisfacción. Luego se la devolvió a su hermana, sin notar que una pieza de oro se había quedado pegada, lo cual la esposa de Cassim percibió tan pronto como ella se dio la vuelta. Sintió una gran curiosidad y le dijo a Cassim cuando llegó a casa:

—Cassim, tu hermano es más rico que tú. No cuenta su dinero, lo mide.

Él le rogó que le explicara el acertijo, lo que ella hizo mostrándole la pieza de dinero y contándole dónde la había encontrado. Entonces Cassim sintió tanta envidia que no pudo dormir, y fue a ver a su hermano por la mañana, antes del amanecer.

—Alí Babá —dijo, mostrándole la pieza de oro—, finges ser pobre y, sin embargo, mides el oro.

Por esto, Alí Babá percibió que, por la insensatez de su esposa, Cassim y su mujer conocían su secreto, así que lo confesó todo y le ofreció a Cassim una parte.

—Eso espero —dijo Cassim—, pero debo saber dónde encontrar el tesoro; de lo contrario, lo descubriré todo y tú lo perderás todo.

Alí Babá, más por bondad que por miedo, le habló de la cueva y de las palabras exactas que debía usar. Cassim se despidió de Alí Babá con la intención de adelantársele y quedarse con todo el tesoro. Se levantó temprano a la mañana siguiente y partió con diez mulas cargadas con grandes cofres. Pronto encontró el lugar y la puerta en la roca. Dijo:

—¡Ábrete, Sésamo!

Y la puerta se abrió y se cerró tras él. Podría haberse deleitado la vista todo el día con los tesoros, pero se apresuró a reunir la mayor cantidad posible; sin embargo, cuando estuvo listo para irse, no podía recordar qué decir, de tanto pensar en sus grandes riquezas. En lugar de «Sésamo», dijo:

— ¡Ábrete, Cebada!

Y la puerta permaneció cerrada. Nombró varias clases de granos, todos menos el correcto, y la puerta seguía sin abrirse. Estaba tan asustado por el peligro en que se encontraba que había olvidado la palabra tan completamente como si nunca la hubiera oído.

Hacia el mediodía, los ladrones regresaron a su cueva y vieron las mulas de Cassim merodeando con grandes cofres a sus lomos. Esto los puso en alerta; desenvainaron sus sables y se dirigieron a la puerta, que se abrió cuando su capitán dijo:

— ¡Ábrete, Sésamo!

Cassim, que había oído el tropel de los cascos de sus caballos, resolvió vender cara su vida, así que cuando la puerta se abrió, saltó fuera y derribó al capitán. Fue en vano, sin embargo, pues los ladrones con sus sables pronto lo mataron. Al entrar en la cueva vieron todas las bolsas preparadas, y no podían imaginar cómo alguien había podido entrar sin conocer su secreto. Cortaron el cuerpo de Cassim en cuatro cuartos y los clavaron en el interior de la cueva para asustar a cualquiera que se aventurara a entrar, y se fueron en busca de más tesoros.

Al caer la noche, la esposa de Cassim se sintió muy inquieta, corrió a casa de su cuñado y le dijo adónde había ido su marido. Allí Babá hizo todo lo posible por consolarla y partió hacia el bosque en busca de Cassim. Lo primero que vio al entrar en la cueva fue a su hermano muerto. Lleno de horror, puso el cuerpo en uno de sus asnos y bolsas de oro en los otros dos y, cubriéndolo todo con leña menuda, regresó a casa. Condujo los dos asnos cargados de oro a su propio patio y llevó el otro a casa de Cassim. La puerta fue abierta por la esclava Morgiana, a quien él sabía valiente y astuta. Descargando el asno, le dijo:

— Este es el cuerpo de tu amo, que ha sido asesinado, pero a quien debemos enterrar como si hubiera muerto en su cama. Volveré a hablar contigo, pero ahora dile a tu señora que he venido.

La esposa de Cassim, al enterarse del destino de su marido, rompió en llantos y lamentos, pero Alí Babá le ofreció acogerla a ella y a su esposa si prometía guardar su secreto y dejar todo en manos de Morgiana; a lo cual ella accedió y se secó las lágrimas.

Morgiana, mientras tanto, buscó a un boticario y le pidió unas pastillas.

—Mi pobre amo —dijo—, no puede ni comer ni hablar, y nadie sabe cuál es su mal.

Llevó las pastillas a casa y regresó al día siguiente llorando, y pidió una esencia que solo se daba a los que estaban a punto de morir. Así, por la noche, nadie se sorprendió al oír los desgraciados chillidos y lamentos de la esposa de Cassim y Morgiana, anunciando a todos que Cassim había muerto. Al día siguiente, Morgiana fue a ver a un viejo zapatero cerca de las puertas de la ciudad que abría su puesto temprano, le puso una pieza de oro en la mano y le ordenó que la siguiera con su aguja e hilo. Habiéndole vendado los ojos con un pañuelo, lo llevó a la habitación donde yacía el cuerpo, le quitó la venda y le ordenó que cosiera los cuartos, después de lo cual le cubrió los ojos de nuevo y lo llevó a casa. Luego enterraron a Cassim, y Morgiana, su esclava, lo siguió hasta la tumba, llorando y mesándose los cabellos, mientras la esposa de Cassim se quedaba en casa profiriendo lamentos lastimeros. Al día siguiente se fue a vivir con Alí Babá, quien le dio la tienda de Cassim a su hijo mayor.



Los cuarenta ladrones, a su regreso a la cueva, se asombraron mucho al encontrar que el cuerpo de Cassim había desaparecido, así como algunas de sus bolsas de dinero.

—Ciertamente hemos sido descubiertos —dijo el capitán—, y estaremos perdidos si no podemos averiguar quién conoce nuestro secreto. Dos hombres deben haberlo sabido; hemos matado a uno, ahora debemos encontrar al otro. Para este fin, uno de vosotros que sea audaz y astuto debe ir a la ciudad vestido de viajero y descubrir a quién hemos matado, y si la gente habla de la extraña manera de su muerte. Si el mensajero falla, debe perder la vida, no sea que nos delaten.

Uno de los ladrones se levantó de un salto y se ofreció a hacerlo, y después de que el resto lo elogiara por su valentía, se disfrazó y acertó a entrar en la ciudad al amanecer, justo al lado del puesto de Baba Mustafá. El ladrón le dio los buenos días, diciendo:

—Hombre honrado, ¿cómo es posible que puedas ver para coser a tu edad?

—Viejo como soy —replicó el zapatero—, tengo muy buena vista, y me creerás cuando te diga que cosí un cadáver en un lugar donde tenía menos luz que ahora.

El ladrón se alegró enormemente de su buena fortuna y, dándole una pieza de oro, le pidió que le mostrara la casa donde había cosido el cadáver. Al principio, Mustafá se negó, diciendo que le habían vendado los ojos; pero cuando el ladrón le dio otra pieza de oro, empezó a pensar que podría recordar los giros si le vendaban los ojos como antes. Este método tuvo éxito; el ladrón en parte lo guio y en parte fue guiado por él, justo en frente de la casa de Cassim, cuya puerta el ladrón marcó con un trozo de tiza. Luego, muy complacido, se despidió de Baba Mustafá y regresó al bosque. Al poco tiempo, Morgiana, al salir, vio la marca que el ladrón había hecho, adivinó rápidamente que se tramaba alguna maldad y, cogiendo un trozo de tiza, marcó dos o tres puertas a cada lado, sin decir nada a su amo o a su señora.

El ladrón, mientras tanto, contó a sus camaradas su descubrimiento. El capitán le dio las gracias y le ordenó que le mostrara la casa que había marcado. Pero cuando llegaron, vieron que cinco o seis de las casas estaban marcadas con tiza de la misma manera. El guía estaba tan confundido que no supo qué responder, y cuando regresaron fue decapitado de inmediato por haber fallado. Se envió a otro ladrón y, habiéndose ganado a Baba Mustafá, marcó la casa con tiza roja; pero como Morgiana volvió a ser más lista que ellos, el segundo mensajero también fue ejecutado. El capitán resolvió entonces ir él mismo, pero, más sabio que los otros, no marcó la casa, sino que la observó tan de cerca que no podría dejar de recordarla. Regresó y ordenó a sus hombres que fueran a los pueblos vecinos y compraran diecinueve mulas y treinta y ocho tinajas de cuero, todas vacías, excepto una que estaba llena de aceite. El capitán metió a uno de sus hombres, completamente armado, en cada una, frotando el exterior de las tinajas con aceite de la vasija llena. Luego, las diecinueve mulas fueron cargadas con treinta y siete ladrones en tinajas y la tinaja de aceite, y llegaron a la ciudad al anochecer. El capitán detuvo sus mulas frente a la casa de Alí Babá y le dijo a este, que estaba sentado fuera para refrescarse:

—He traído aceite de lejos para venderlo en el mercado de mañana, pero ya es tan tarde que no sé dónde pasar la noche, a menos que me hagas el favor de acogerme.

Aunque Alí Babá había visto al capitán de los ladrones en el bosque, no lo reconoció disfrazado de mercader de aceite. Le dio la bienvenida, abrió sus puertas para que entraran las mulas y fue a ver a Morgiana para ordenarle que preparara una cama y una cena para su invitado. Llevó al extranjero a su salón, y después de haber cenado fue de nuevo a hablar con Morgiana en la cocina, mientras el capitán iba al patio con el pretexto de ver sus mulas, pero en realidad para decir a sus hombres qué hacer. Empezando por la primera tinaja y terminando en la última, dijo a cada hombre:

—Tan pronto como arroje unas piedras desde la ventana de la habitación donde duermo, abrid las tinajas con vuestros cuchillos y salid, y estaré con vosotros en un santiamén.

Regresó a la casa y Morgiana lo condujo a su habitación. Luego le dijo a Abdallah, su compañero esclavo, que pusiera la olla al fuego para hacer un caldo para su amo, que se había acostado. Mientras tanto, su lámpara se apagó y no tenía más aceite en la casa.

—No te preocupes —dijo Abdallah—, ve al patio y coge un poco de una de esas tinajas.

Morgiana le agradeció el consejo, tomó la aceitera y fue al patio. Cuando llegó a la primera tinaja, el ladrón que estaba dentro dijo en voz baja:

—¿Es la hora?

Cualquier otra esclava que no fuera Morgiana, al encontrar a un hombre en la tinaja en lugar del aceite que buscaba, habría gritado y armado un escándalo; pero ella, conociendo el peligro en que se encontraba su amo, ideó un plan y respondió tranquilamente:

—Todavía no, pero pronto.

Fue a todas las tinajas, dando la misma respuesta, hasta que llegó a la tinaja de aceite. Ahora se dio cuenta de que su amo, pensando en agasajar a un mercader de aceite, había dejado entrar a treinta y ocho ladrones en su casa. Llenó su aceitera, volvió a la cocina y, después de encender su lám-

para, fue de nuevo a la tinaja de aceite y llenó una gran caldera. Cuando hirvió, fue y vertió suficiente aceite en cada tinaja para asfixiar y matar al ladrón que había dentro. Cuando esta valiente hazaña estuvo hecha, regresó a la cocina, apagó el fuego y la lámpara, y esperó a ver qué sucedería.

Al cabo de un cuarto de hora, el capitán de los ladrones se despertó, se levantó y abrió la ventana. Como todo parecía tranquilo, arrojó unas piedrecitas que golpearon las tinajas. Escuchó, y como ninguno de sus hombres parecía moverse, se inquietó y bajó al patio. Al acercarse a la primera tinaja y decir: «¿Estás dormido?», olió el aceite hirviendo y supo de inmediato que su complot para asesinar a Alí Babá y a su familia había sido descubierto. Encontró que toda la banda estaba muerta y, al ver que faltaba el aceite de la última tinaja, se dio cuenta de la forma en que habían muerto. Entonces forzó la cerradura de una puerta que daba a un jardín y, trepando por varios muros, escapó. Morgiana lo oyó y lo vio todo y, regocijándose de su éxito, se fue a la cama y se durmió.

Al amanecer, Alí Babá se levantó y, al ver las tinajas de aceite todavía allí, preguntó por qué el mercader no se había ido con sus mulas. Morgiana le pidió que mirara en la primera tinaja y viera si había aceite. Al ver a un hombre, retrocedió aterrorizado.

—No temas —dijo Morgiana—, el hombre no puede hacerte daño: está muerto.

Alí Babá, cuando se hubo recuperado un poco de su asombro, preguntó qué había sido del mercader.

—¡Mercader! —dijo ella—. ¡No es más mercader que yo!

Y le contó toda la historia, asegurándole que era un complot de los ladrones del bosque, de los cuales solo quedaban tres, y que las marcas de tiza blanca y roja tenían algo que ver con ello. Alí Babá le dio inmediatamente la libertad a Morgiana, diciendo que le debía la vida. Luego enteraron los cuerpos en el jardín de Alí Babá, mientras que las mulas fueron vendidas en el mercado por sus esclavos.



El capitán regresó a su solitaria cueva, que le pareció espantosa sin sus compañeros perdidos, y resolvió firmemente vengarlos matando a Alí Babá. Se vistió con esmero y se fue a la ciudad, donde se alojó en una posada. En el transcurso de muchos viajes al bosque, se llevó muchas telas ricas y mucho lino fino, y montó una tienda frente a la del hijo de Alí Babá. Se hacía llamar Cogia Hassan, y como era cortés y bien vestido, pronto hizo amistad con el hijo de Alí Babá, y a través de él con Alí Babá, a quien continuamente invitaba a cenar con él. Alí Babá, deseando devolverle su amabilidad, lo invitó a su casa y lo recibió sonriendo, agradeciéndole su bondad para con su hijo. Cuando el mercader estaba a punto de despedirse, Alí Babá lo detuvo, diciendo:

—¿A dónde va, señor, con tanta prisa? ¿No se quedará a cenar conmigo?

El mercader se negó, diciendo que tenía una razón; y, al preguntarle Alí Babá cuál era, respondió:

—Es, señor, que no puedo comer ningún manjar que tenga sal.

—Si eso es todo —dijo Alí Babá—, permítame decirle que no habrá sal ni en la carne ni en el pan que comamos esta noche.

Fue a dar esta orden a Morgiana, quien se sorprendió mucho.

—¿Quién es este hombre —dijo ella—, que no come sal con su carne?

—Es un hombre honrado, Morgiana —respondió su amo—, así que haz lo que te ordeno.

Pero no pudo resistir el deseo de ver a este hombre extraño, así que ayudó a Abdallah a llevar los platos y vio en un instante que Cogia Hassan era el capitán de los ladrones y que llevaba una daga bajo su ropa. «No me sorprende», se dijo a sí misma, «que este malvado, que pretende matar a mi amo, no quiera comer sal con él; pero impediré sus planes».

Hizo que Abdallah sirviera la cena, mientras ella se preparaba para uno de los actos más audaces que se pudieran imaginar. Una vez servido el postre, Cogia Hassan se quedó a solas con Alí Babá y su hijo, a quienes pensaba emborrachar para luego asesinarlos. Morgiana, mientras tanto, se puso un tocado como el de una bailarina y se ciñó un cinturón a la cintura, del que colgaba una daga con empuñadura de plata, y le dijo a Abdallah:

—Toma tu tamboril y vamos a divertir a nuestro amo y a su invitado.

Abdallah tomó su tamboril y tocó ante Morgiana hasta que llegaron a la puerta, donde Abdallah dejó de tocar y Morgiana hizo una profunda reverencia.

—Entra, Morgiana —dijo Alí Babá—, y que Cogia Hassan vea lo que puedes hacer.

Y, volviéndose hacia Cogia Hassan, dijo:

—Es mi esclava y mi ama de llaves.

A Cogia Hassan no le agradó en absoluto, pues temía que su oportunidad de matar a Alí Babá se hubiera desvanecido por el momento; pero fingió un gran afán por ver a Morgiana, y Abdallah comenzó a tocar y Morgiana a

bailar. Después de haber ejecutado varias danzas, desenvainó su daga e hizo pases con ella, a veces apuntando a su propio pecho, a veces al de su amo, como si fuera parte de la danza. De repente, sin aliento, le arrebató el tamboril a Abdallah con la mano izquierda y, sosteniendo la daga en la derecha, le tendió el tamboril a su amo. Alí Babá y su hijo pusieron una pieza de oro en él, y Cogia Hassan, viendo que ella se acercaba, sacó su bolsa para hacerle un regalo, pero mientras metía la mano en ella, Morgiana le hundió la daga en el corazón.

— ¡Desdichada muchacha! — exclamaron Alí Babá y su hijo—. ¿Qué has hecho para arruinarnos?

— Fue para salvaros, amo, no para arruinaros — respondió Morgiana—. Mirad aquí — abriendo la ropa del falso mercader y mostrando la daga—, ¡mirad qué enemigo habéis acogido! Recordad que no quiso comer sal con vosotros, ¿y qué más queréis? ¡Miradlo! Es a la vez el falso mercader de aceite y el capitán de los cuarenta ladrones.

Alí Babá estaba tan agradecido a Morgiana por haberle salvado la vida que se la ofreció en matrimonio a su hijo, quien consintió de buen grado, y pocos días después la boda se celebró con gran esplendor. Al cabo de un año, Alí Babá, al no tener noticias de los dos ladrones restantes, juzgó que estaban muertos y partió hacia la cueva. La puerta se abrió al decir él: «¡Ábrete, Sésamo!». Entró y vio que nadie había estado allí desde que el capitán la abandonó. Se llevó tanto oro como pudo cargar y regresó a la ciudad. Le contó a su hijo el secreto de la cueva, que su hijo transmitió a su vez, de modo que los hijos y nietos de Alí Babá fueron ricos hasta el final de sus días.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**